

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO



REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NUM. 172

Sevilla—Viernes 31 de Julio de 1903

AÑO XXVII

LAS RELIGIONES

EL BUDISMO

Ya mozo *Crisna* sintió los impulsos del amor y fué á rescatar hermosas cautivas, custodiadas por un gigante con siete cabezas. Venció á éste, y 16,000 vírgenes (no se dice si eran sevillanas ó malagueñas) se casaron con su libertador.

(¿Será éste el origen del casamiento de las monjas y frailes católicos con *Cristo*?)

Puesto *Crisna* de parte de los *Pandús*, venció á los *Coros*, sus enemigos, en la batalla de *Curchet*, que duró 18 días, muriendo en ella el rey *Duruadana*.

Y puesta paz en la Tierra, volvió *Budda* á su corte en el Cielo, desde donde dirige el baile de los astros y produce el día y la noche.

No exigió otra recompensa por sus servicios á la Humanidad, que amor hacia él, el desprecio de los bienes terrenales y la abnegación de sí mismo. (Y hé aquí explicada la guerra que hace á *Budda* el clero católico. Porque desprecia los bienes terrenales.)

El sabio sacerdote *Vriadas*, porque ya entonces eran *sabios* todos los sacerdotes, como *lo son ahora*, cuenta á los *Pandús* desterrados, para consolarles, la historia de una reina que pierde su marido y su trono, teniendo que mendigar el diario sustento, pero que, al fin, vuelve á recuperar su perdido esplendor.

Bima, rey de *Vidarba*, tenía una hija de sin igual belleza, nominada *Damianti*. Gran número de príncipes y reyes, entre ellos el poderoso *Nalo*, rey de *Nisan*, solicitan la mano de la princesa, y *Bima* los reune para que su hija escoja.

Encontrábase *Damianti* con sus doncellas en sus suntuosas habitaciones cuando penetra en ellas una banda de pájaros de variados y hermosísimos colores. Corren á cogerlos las doncellas y *Damianti* sigue á uno de pechuga blanca y alas de oro. Y cuando el hermoso pájaro quedó solo con su perseguidora, le habló de este modo:

—*Damianti*, hermosa entre todas las mujeres! Un poderoso y noble monarca entre los monarcas, *Nalo*, rey de *Nisan*, te ama. Si lo eliges por esposo, bellos y nobles serán tus hijos. *Nalo* es el orgullo de los hombres.

Y *Damianti*, absorta, responde:
—Ve y repite á *Nalo* cuanto me acabas de decir.

Y amargas lágrimas velaron los ojos de la virgen.

Llegada la hora de elegir, todos los príncipes, por obra del Espíritu malo, se presentan enteramente iguales á *Nalo*. La casta doncella vacila, tiembla y, juntando las manos, dirige esta plegaria:

—Por mi pureza, por la sinceridad de mi amor, por mi culto á los dioses, ¡oh custodios del Mundo!, mostráos á mi vista cuales sois, y permitid que *Nalo* se me aparezca.

Y todos los pretendientes quedan inmóviles, como estatuas de oro, y suspendidos en el aire sin tocar sus pies en el suelo.

Nalo queda aislado, pero sin su primitiva belleza, oculta por el sudor y el polvo del caminante. Bajo sus pies tiembla la Tierra. Y entonces la virgen de ojos negros conoce al elegido de su corazón y, llena de rubor, coge la orla del manto de *Nalo* y la anuda con la *guirnalda de flores* que ella tenía en la mano. *Nalo* y *Damianti* tienen dos hijos y son ejemplos de virtud.

Pero *Cali*, uno de los pretendientes, jura vengarse y disolver el matrimonio y, al efecto, inspira tal pasión por el juego á *Nalo*, que éste pierde hasta la ropa que vestía.

Huye *Nalo* al bosque, avergonzado, á donde le sigue *Damianti* con sus tiernos hijos. Pero el perverso *Cali* los sigue y le inspira celos á *Nalo* y le aconseja abandonar á su mujer. Y *Nalo* aprovecha el sueño de su esposa y desaparece.

Damianti busca en vano á su esposo, y llorosa, despeinada, descalza y harapienta, se une á una caravana. Esta es atacada y deshecha por elefantes bravos que destrozan á los domesticados y á los camellos. Los comerciantes que sobreviven culpan á la harapienta de su desgracia y tratan de degollarla.

Damianti se refugia en *Ischedi*, corte de *Savahú*. La reina ve en *Damianti* una reina en desgracia y la colma de atenciones y de cuidados.

Nalo, entretanto, llega á *Ayodhya*, corte del rey de las serpientes; le cuenta sus cuitas y éste le enseña el juego del *chacote*, mediante el cual recobra *Nalo* su reino y todo lo perdido, y se une otra vez á su mujer y á sus hijos.

MERCURIO.

Madrid, Julio, 1903.

Nota del día

Hace dos ó tres días que ha ocurrido en Madrid uno de esos hechos que, si no diaria, al menos periódicamente, suceden en nuestro país.

Un padre de familia, desesperado de no encontrar ocupación, y rendido á las tristezas de la vida, llega á su hogar, oye los lamentos de su esposa, el grito aterrador de los hijos pidiéndole pan, ó hierba, ó cualquier cosa que llevar á la boca para alimentarse, para vivir... y no queriendo robar—porque no se debe de robar sino con arreglo al Código de Comercio, en el que se consignan todas las martingalas—loco de ira, sin el conocimiento ni la templanza ni la humildad que ordenan todos aquellos que padecen de hartura, cogió una navaja de afeitar y se rebaneó el cuello.

El padre de familia, al hacer ese crimen en su propia persona, logró la salvación de sus hijos...

Verán ustedes por qué. Aquellos—sus hijos—y la pobre mujer del suicida, sobre el hambre que estaban padeciendo, vínoseles encima aquella desgracia tan terrible, y comenzaron á gritar en el paroxismo del dolor.

Se enteran los vecinos: éstos llaman á la autoridad de abajo, la autoridad de arriba llama á la de arriba... y la autoridad de arriba, compadecida oficialmente ante un *caso social*, da de comer á los hambrientos y ordena que el cuerpo del suicida sea llevado á la piedra de disección para que certifique el médico forense...

Este caso no es un caso como el del *Cocherito de Bilbao*, quien tiene compañeros y admiradores que se interesen por él.

Es un caso original: los aspirantes á suicidas todavía no han podido formar *clase* ni rodearse de admiradores.

Por cierto que hacen mal, porque llegan estos momentos y no reciben siquiera la inquisitiva del gaceticero de guardia.

Pues bien. Se ha sabido, después de haberse dado muerte ese desgraciado padre de familia, que era un honrado trabajador que quería trabajar y no hallaba en qué ni en dónde...

Y cómo diariamente los pensadores y los filósofos nos dicen que en el trabajo está la redención y la regeneración de la Patria, y el que quiere trabajar no halla en qué, díganme esos señores pensadores:

—El hombre que se encuentre en igual situación que se ha encontrado ese infeliz, ¿qué debe hacer?

—¡Pedirle á Dios!—dirá el católico; y como eso es lo mismo que pedirle al Bú que no venga—porque no ha de venir—está demás la invocación.

—¡Aguantarse!—dirá el egoísta. Pero... el filósofo, ¿qué dirá? Esto es lo que hay necesidad de resolver, señores pedagogos de la tontería.

Ya supo la Naturaleza lo que hacía al colocar la cabeza por encima de todas las miserias, porque así, como va en lo alto, en el sitio de la mentira y de la fantasía, no se ocupa en lo bajo, en el sitio de la miseria y de la verdad.

El pillastre que se hace el inválido, el vago que se hace fraile, el truhán que se finge enfermo... todos encuentran la Casa de Caridad el uno, el Convento el otro y el Hospital el de más allá.

El único que no encuentra un asidero para no ahogarse en este mar de miserias sociales ¡es el hombre de bien!

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

El presidente del Consejo de Ministros ha marchado á San Sebastián, llevándose el original de varios proyectos para *estudiarlos por el camino*.

¿Dónde se habrá creído el Sr. Villaverde que está San Sebastián?

Por lo que leemos en la prensa de Madrid, el pasado día 29 estuvo ardiendo España con leña de discursos anticlericales.

Los jesuitas de Madrid, por sí ó por no, impetraron la ayuda de las autoridades para que éstas les mandaran fuerza armada que custodiara sus conventos y guardias y les pusieran á salvo de un achuchón.

¡Pero qué poca fe tienen todos estos grandísimos hijos de Loyola en el Sagrado Corazón de Jesús!

¿No dicen esos mandrias que quien cuenta con el apoyo del Sagrado Corazón no necesita de la policía?

Por cierto que, si yo fuera gobernador civil de una provincia en un caso parecido á ese, les diría á esos señores:

—¿Con qué derecho vienen ustedes á reclamar el apoyo de la fuerza pública cuando nadie ha osado amenazar vuestro hogar? ¿Y quién sois vosotros, sin oficio ni beneficio útil á la sociedad, que no contribuís para nada al sostenimiento del Estado, para reclamar de éste que guarde vuestra hacienda?

Ya sé yo lo que me contestarían:
—Señor, no es la primera vez que me han despojado.

—¿Y ustedes no saben—les contestaría—que al cabo de los años mil vuelven las aguas por donde solían ir? ¿No despojásteis vosotros? ¿Qué extraño es que alguna vez á vosotros os despojen?

¡Farsantes entre los farsantes!

A las devotas ricas les hacen creer que entregándole al Corazón de Jesús cantidades numerarias, el Corazón las salvará de todos los malos pasos, y cuando ellos sienten la oleada popular que reclama justicia y castigo para todos los impostores, arrinconan el Corazón de Jesús en la sacristía y colocan un guardia civil en cada altar...

Y propósito de jesuitas y demás bichos malignos y venenosos.

En los mítins celebrados el pasado día 29 se han dicho muchas verdades sin retóricas.

Uno de los que más clara y llanamente han hablado ha sido D. Nicolás Estévez.

De la reseña del mitin son estos dos párrafos:

“Dice que el peligro no es tan grande como nosotros mismos nos empeñamos en verle, estando en nuestra mano destruir el clericalismo cuando se quiera. (Aplausos.)”

La existencia de las comunidades religiosas, de uno y de otro sexo, no puede reconocerse como legal en ningún tiempo, ni en ningún concepto, por ser el objeto de dichas asociaciones contrario á la libertad

y atentatorio á los fines humanos. (Muchos aplausos.)”

Lo mismo el primero que el segundo párrafo son cosas olvidadas de puro sabidas.

Por eso decía ayer, hablando de la afirmación de Costa cuando asegura que, antes de arrojar los frailes de los conventos hay necesidad de arrojarlos de dentro de cada uno, que con arrojarlos fuera de una vez, del modo más radical posible, se lograría lo uno y lo otro.

—La parte que tenemos dentro nos quedaría—me contestarían.

Eso corresponde á la idiosincrasia del individuo, y el Estado, con exigirle el cumplimiento de sus deberes, ha cumplido.

La libertad de ser fraile en casa no se puede coartar.

Que lo sea el que quiera. Lo único que se le exige es que sea en la calle ciudadano español, respetuoso con las leyes.

Unos cuantos malhechores, en la provincia de Orense, y en un pueblo que se llama Vilela, con mano fuerte descerrajaron la puerta del sitio en que el cura duerme, y robaron á... las ánimas, que tenían, en billetes, tres mil y pico de reales...

¡El cura, cuando se enteró, tendrá que oír... ¡Y las ánimas quemándose en agua fuertel...!

¡Ahora sí que es verdad! Los republicanos del Barrio de Triana, que son muchos, y duros, y convencidos, y dispuestos á que por allí no salga concejal ningún señorito litri de esos azota-oficinas ó desocupados que ignoran todavía que aquel sitio de la ciudad de Sevilla está completamente abandonado por el municipio de la ciudad, se han reunido y han abierto un Casino Republicano, para tener un sitio en donde conocerse y hacer sus trabajos preparatorios, fraternizando con la mejor armonía.

Los republicanos de Triana han comenzado á dar la norma de lo que hay que hacer para ir sacudiendo el yugo vergonzoso del caciquismo sevillano, que dispone de los votos de los ciudadanos como si esta capital fuera un rebaño de siervos á su servicio.

Con el tiempo todas las cosas se complementan. El barrio de Triana es una ciudad pequeña que tiene en su seno todo cuanto se necesita para vivir la vida moderna.

La industria de cerámica tiene allí su apogeo, el que, al través de los siglos, persiste siempre con gran esplendor. Los productos de los hermanos Mensaque, simpáticos y laboriosos hijos del pueblo, han visitado, y visitan, todos los continentes con generales alabanzas.

La loza basta, el plato gazpachero, el bacín conservador, tienen allí su génesis y desarrollo.

Los hombres varoniles, ó, como dice Costa, masculinizados, allí están.

De mascaras... no hay que hablar: si buenas son las feas, mejores son las bonitas.

En fin, para tener de todo dicho barrio, tiene hasta el río cerca, para poder tirarse á él en los ratos desocupados, ó huyendo del recaudador de Contribuciones.

Mi enhorabuena á los republicanos de Triana por haberse manifestado con vigor y entusiasmo en los presentes momentos.

El *Cocherito de Bilbao*, ilustre pinchavillos contemporáneo, tiene de temperatura 37°8.

Así nos lo participa *El Noticiero* por telegrama de su corresponsal en Madrid.

Se le ha olvidado decirnos el color que tiene el orin que expele en los ratos de calentura.

Es un portmori que necesitamos saber para poder dormir tranquilos en estas noches calurosas.

El nuevo rey de Servia, que se llama Pedro Karageorgewitch, está escamado ante el temor de que hagan con él sus súbditos lo mismo que hicieron con su antecesor Alejandro el Chato.

La verdad es que la marcha que han tomado los servios para quitar de enmedio á sus reyes, no es la más tranquilizadora.

Diecisiete balazos, catorce puñaladas... ¡Qué animales!

Crean que un rey, por aquello de ganar más sueldo que los demás, necesita, a la hora de la muerte, más balazos también, con arreglo al sueldo.

El Sr. Alcalde Presidente del Excelentísimo Ayuntamiento de Sevilla, D. Fernando Checa y Sánchez Tirilla, ha ordenado que se quite el tablado que hay en medio de la plaza de San Fernando para que no se abra con el calor.

Les damos la enhorabuena a los frailes capuchinos y demás *jorniguitas* que hacen obras a costa de los enseres del Ayuntamiento.

¡Ya hay madera en el almacén!
CARRASQUILLA.

Villaverde y sus planes

Cuando todo el mundo creía que el ministerio actual era como una nube de verano que apenas si tendría vida hasta los últimos días de Septiembre, y que todo su papel se reduciría a sacar a flote el presupuesto, nos resulta ahora no sólo un ministerio de negocios para andar por casa ó dar una vueltecita en las jardinerías de circunvalación de la Corte, sino todo un gobierno de cuerpo entero, que a la vez que atiende a la reorganización de los servicios y al saneamiento de la moneda, tiene sus pujos de rectificar el proyecto de Maura de administración local, el decreto concordado que arreglado y todo quedó en la cartera del anterior ministerio; se promete grandes innovaciones en la enseñanza y en obras públicas; va a hacer andar en un pie a las compañías ferrocarrileras, rectificando así la conducta del anterior Gobierno, en que había consejeros de las grandes compañías con las que el actual Gobierno no tiene tratos ni relaciones, como no sea algún alto funcionario de ese ministerio que disfrutaba un sueldo que no llegaba a diez mil pesetas de una de esas compañías. ¡Ya ven ustedes si es modesto!, pero que indudablemente ya no figurará en nómina desde que se ha posesionado de su destino, y podrá secundar la poderosa iniciativa de su entrañable amigo el joven ministro del ramo, que por cierto ha tenido que hacer cuestión de gobierno su nombramiento, como lo hizo otro ministro del de Sánchez Guerra para el Gobierno del Banco de España, objeto principal de las orientaciones villaverdescas.

Pero no consisten en esto solo los planes del Gobierno de verano. Sus horizontes son mucho más amplios, abarcan más, llegan a la cima de los arduos y trascendentales problemas internacionales, especialidad que no sabíamos poseyera el señor Villaverde en tan alto grado.

Este Gobierno de las economías y de la conjura y la encrucijada, viene con vistas a Europa, trae el intento de reparar el Pirineo, lanzando al jefe del Estado más allá de las fronteras, para que salude y se ponga en comunicación directa con sus primos emperadores y reyes y con su futuro aliado Mr. Loubet, con todo el aparato de la majestad borbónica y con todos los oropeles y esplendores del jefe de una nación poderosa y progresiva que ha vencido a sus enemigos y ha marcado por los progresos científicos grandes fuentes de riqueza y una influencia en los destinos del mundo.

A estos arrestos se atreve el ministerio Villaverde, y los realizará si le dejamos los que nos quedamos más acá del Pirineo observando cómo se hace escarneo del país y cómo se sacrifican los caros intereses nacionales, poniéndonos en solfa para salvar por encima de todo algo que aquí dentro está condenado por la opinión unánime del país, y que ahí fuera sirve para que, a cambio del apoyo a los intereses familiares, hagamos el papel de comparsas en la tragedia cuyo preludio parece que comienza.

Esa alianza de la casa de Borbón y su Gobierno con el Gobierno francés no es el pacto fraternal de dos pueblos hermanos que tienen comunidad de intereses: es el pacto egoísta del privilegio de una familia, al que se rinden los grandes intereses nacionales, y ahí nos lleva el flamante estadista recién troquelado.

A. A.

FRUTA DEL PAÍS

«España es el único país donde los niños se mueren de envidia».

Leyendo ayer estas frases de un autor célebre, pensaba yo: «No es lo malo que los niños se mueran de eso, sino que gran número de españoles, mayores de edad, agonizan de la misma dolencia».

Claro que la envidia no es producto exclusivo de nuestro país, pero en él mejor que en otro alguno se desarrolla y crece y prospera, produciendo efectos verdaderamente desastrosos.

Consecuencia lógica de nuestro carácter vanidoso, altivo y un si es no es hinchado y pedantesco, raro es el español que se decide a reconocer la superioridad de un compatriota suyo; y si alguna vez lo hace es de mala gana, a regañadientes.

¿Sale por ahí un sujeto, de condiciones estimables, que procura desarrollar en éste ó en el otro sentido? Pues todos caen a una sobre él para crearle obstáculos, dificultades y tropiezos, con la sana intención de que se rompa la crisma y no rebase el nivel de esas medianías impotentes que en todas las esferas del entendimiento se encuentran desempeñando el tristísimo oficio de maldecir de lo que otros hacen, de lo que ellos no serán capaces de hacer nunca. ¿Consigue el sujeto librarse de las zancadillas que le echan y de la resistencia que le oponen? ¿Llega por fin al logro de sus propósitos y deseos? Pues tenga por seguro que no han de faltarle admiradores piadosos y bien intencionados, que saquen a plaza sus debilidades y defectos, obscureciendo al paso sus méritos y sus aptitudes.

¿Por qué ese afán immoderado de quitar al prójimo lo que de derecho le corresponde? ¿Qué ventajas pueden obtener los que valen poco con destrozarse la fama de los que valen más? ¿Cualquiera lo explicará... Si esto se explicara se explicaría la razón de la envidia, dolencia que resulta y resultará siempre inexplicable.

Pero es lo cierto que si en otros países, mejor dicho, en todos, existe esa enfermedad, en ninguno reviste los caracteres epidémicos que la caracterizan en España; el famoso dibujo de las tres cucañas que representa la ascensión por ellas de tres hombres, español uno, francés otro é inglés el último, es una verdad como un templo.

Los ingleses miran impasibles la ascensión de su compatriota. «¡Que subalparecen decir.—Eso no es cuenta nuestra». Los franceses ayudan al ascensionista con los hombros, con los brazos, con las espaldas. «¡Es preciso que triunfe!» exclama.—Su gloria es de todos. Los españoles tiran a su paisano de los pies para ver si consiguen que se rompa los hociocos contra el empedrado. Esa es la monomanía española: tirar de los pies al que empieza a subir y apedrear al que está arriba.

Se entra en un café, en un teatro, en cualquier sitio donde estén reunidas cuatro personas. Pueden apostarse veinte contra uno a que los contortulios se ocupan en quitar el pellejo a alguien de cuyos méritos debieran mostrarse envanecidos.

¿Se habla de un orador?... No sabe hablar. ¿De un político? Es un imbécil. ¿De un literato? Es un mamarracho. ¿De un pintor? Es un majadero. ¿De un industrial? Es un camueso. ¿De los que están arriba? Son unos afortunados sin razón para serlo. ¿De los que empiezan a subir? Son unos ambiciosos, sin vergüenza, sin méritos y sin más aptitudes que las que por consideración les prestan algunos amigos encargados de *bombearlos*.

Siempre igual; en todas partes y a todas horas. ¿Hay que preparar? Las medianías, y con especialidad las medianías que se llaman amigos íntimos de usted, se suman y construyen una muralla de mezquinidades, en la que cuesta esfuerzos enormes abrir brecha. ¿Se triunfa? Peor todavía. Antes eran veinte, ahora son veinte mil, y como la figura destaca, resulta más fácil hacer blanco.

Poco podría importar esto si tal sistema no produjese la asfixia de muchos elementos valiosos y el achicamiento de grandes y salvadoras energías; pero es lo tris-

te que como se necesita un organismo de titán para vencer en esa lucha diaria y continua, donde el enemigo es cobarde y hiera a mansalva, muchos retroceden, no pocos sucumben y el que llega a lo alto llega tan gastado y maltrecho que dura poco.

Así como la epidemia médica, arrebatando vidas y vidas produce la ruina y el empobrecimiento del país donde se desarrolla, así esa epidemia moral agosta en flor muchos cerebros que podrían contribuir al progreso de nuestra patria, determina el atraso de ésta y el mal concepto que tienen formado de nosotros las restantes naciones del mundo.

¿A qué ese afán por cerrar el paso al que viene animado de propósitos nobles y de aspiraciones justas? ¿Por qué no abrir un hueco en las filas al combatiente que acude a ellas ansioso de robustecerlas? ¿No hay sitio para todos? ¿Se perjudica a alguien? No, y cien veces no.

Nadie dice por qué, ninguno se atreve a explicarlo, pero el hecho existe y hasta ahora no se ha tropezado con el remedio.

Yo tampoco lo sé, y como el mal a que me refiero es contagioso y me produce un asco invencible, todas las noches, antes de acostarme, me hincó de rodillas a los pies de la cama y digo levantando los ojos al cielo, juntando las manos y poniendo en mis frases toda la voluntad de mi conciencia y todo el anhelo de mis aspiraciones:

—Dios mío, tú que eres justo y bueno y omnipotente, libra a este ciudadano, español, y literato por añadidura, no de envidiosos, porque es muy pequeño para tenerlos y tendrían que ser muy despreciables los que tuviese; libérale, repito, no de envidiosos, pero sí de ser envidioso.

Así Dios me lo conceda como yo de todo corazón se lo pido.

JOAQUIN DICENTA.

NEPOTISMO

Abro el libro y leo:

«Lejos hasta de mi memoria tamaño enjambre de inútiles zanganos (puesto que no hay en España aldea sin alguno), que de un mullido lecho se levantan muy tarde para cebar su gula en una mesa bien servida, y de ella corren desalados al garito y al lupanar, para regresar al lecho sin llevar consigo el mérito de una acción loable, y en este perpétuo círculo respiran el domingo del triste afán de no haber hecho nada bueno en toda la semana...»

Estos y otros eran los argumentos de que se valía en las Cortes de 1820 el cultísimo Vargas Ponce para combatir la institución del mayorazgo. Y bien cabe afirmar, con ellos a la vista, que son ahora perfectamente utilizables para combatir—ni más ni menos que entonces—la depresiva serie de vinculaciones que, por desgracia, viene pensando ya de antiguo sobre nuestra política militante y triunfante, que es pesar asimismo sobre nuestra infortunada nación.

Vivimos—suponiendo que vivamos—bajo el soberano poder de la mano muerta (ruego a los señores cajistas que no me hagan decir «mano negra»), patentizada mediante la vinculación, que no es patria hereditaria ni cosa que lo parezca. Vivimos en pleno período de oligarquía, de reparto y goce de beneficios políticos entre unas mismas personas, siempre las mismas y cada vez peores, lo cual ya es variar: hijos, yernos, sobrinos y demás parientes de personalidades que se ha convenido—tácitamente, muy tácitamente, eso sí—en tener por gloriosas, ocupan representaciones, cargos, puestos oficiales de toda índole, y poseen influencias, quizá prestigios, con seguridad rendimientos.

Pero, además, la organización de los partidos, la constitución de los Parlamentos, sólo acusan la existencia real, efectiva, indudable, de ese poder a que me refiero. No muestran otra cosa ni para otra cosa sirven. Vinculación en las personas; manos muertas en los resultados. De aquí la política trocada en *sport*; la clase media cada vez más alejada de la política, y en mucha parte la desautoridad del Parlamento.

Hay que desamortizar; hay que desvincular; hay, en suma, que vitalizar los organismos políticos. Estos han de socializarse, si no se quiere mantener su infecundidad, que sí se quiere. Menos personalismo y más atención a las realidades sociales, a las necesidades públicas, no siempre compatibles, es verdad, con las privativas de determinados sujetos.

El ideal de perfección, para mí, sería, en este punto, que se promulgara y cumpliera una ley concebida en los siguientes términos:

«Artículo único. Para ser político se exige:

- 1.º Capacidad.
- 2.º Honradez.
- 3.º No tener parientes conocidos.
- 4.º No tener amigos íntimos.»

Mucho ideal, sin duda, es este; pero entre él y la política de mano muerta que ahora estilamos, puede y debe elegirse un término medio. Por lo pronto, en la confección de los Parlamentos y en la provisión de los altos cargos, convendría que los jefes de los Gobiernos y los ministros hiciesen con los candidatos y pretendientes algo parecido a lo que ordenó Carlos III respecto de la concesión de títulos nobiliarios:

«En las consultas que hiciere la Cámara—decía—sobre mercedes de títulos de Castilla, tendrá presente haber reparado en algunas de los pretendientes furdan su mérito en su nobleza y alianzas, ó en las de sus antepasados, sin probar ni alegar méritos propios ni servicios personales; y que no tengo por conveniente se hagan dignos de tan alta distinción de títulos de Castilla los que no me hayan servido por sus personas y al público; siendo tal vez el estado en que se hallan y el caudal que tienen nacido sólo de industria y manejo, por cuyo medio y por tan común venga a ser despreciada y causa de emulación a los que, por méritos, serían acreedores a ella» (25 de Marzo de 1775, Ley 21, título I, lib. 6.º de la Novísima Recopilación.)

Mientras así no se obre por los primates de la política—más de agradecer según que mayor perturbación familiar les supusiese—no habrá para qué ir pensando en regeneraciones nacionales; las palabras copiadas de Vargas Ponce seguirán teniendo una triste actualidad en aquella.

La juventud valiosa de veras, con aptitudes, no hay duda que debe y merece ser protegida, alentada, estimulada en todos los órdenes en que inicie su competencia. Mas no se bastardee ese requerimiento de social justicia y se caiga en el mal de las vinculaciones; sería volver al régimen de castas.

Pitt, ministro a los veintitres años; Foz, a los veintinueve; Castlereagh, a los veintisiete; Roberto Peel, Palmerston, antes de los veinticinco; Lansdowne, a los veintiseis; Derby, Ripon, Gladstone, a los treinta y dos; Cannig, John Russell, Granville, entre los treinta y dos y los treinta y ocho, evidencian, y no cito nombres españoles, que la juventud puede poseer, no menos que la vejez, títulos innegables para el ejercicio de los primeros cargos públicos. Por lo mismo, cuando no los posee, como la vejez en circunstancias idénticas, tampoco es aceptable que detente puestos inmerecidos.

Iremos, sí, a la desvinculación política, a la desamortización de manos muertas que la política suele padecer con irreverencia notoria para los principios democráticos; no se quejen entonces los que, llamándose demócratas, inundaron de parientes propios algún día Administración, Parlamento, Corporaciones de importancia, ya que se habrá cumplido, para dicha social, el egolitario programa de sus ensueños.

No vaticino; comento palabras de Vargas Ponce.—Nada hay que temer: estamos todavía en 1820.

ADOLFO PONS Y UMBERT.

Socaliñas eclesiásticas

Yo no sé si fué el arzobispo D. Rodrigo, ó la fantasía popular, quien inventó la maravillosa y estupenda intervención de Santiago apóstol en la batalla que dicen que dió Ramiro I a los moros, en Clavijo, donde quedaron cadáveres nada menos que setenta mil hijos de Mahoma; pero lo cierto es que la tal invención le ha salido a España por una friolera.

Acaso desde el mismo siglo IX se impuso una especie de diezmo que había de pagarse con destino a los canónigos de Compostela, y eso se ha venido pagando hasta el año 1834 y en el corriente año de 1903—ó sea mil y sesenta años después de una batalla que probablemente no existió y de un auxilio celestial que es, naturalmente, una patraña—habrá pagado el Estado 12,318 pesetas al mentado apóstol.

Todavía tendría cierta justificación tan bárbaro y tan prolongado tributo si el auxilio que Santiago prestara al rey de Asturias hubiera servido para barrer de España, y de un golpe, a todos los moros; pero, lejos de ser así, todavía tuvieron que pelear los cristianos seis siglos y medio para acabar con la dominación árabe y setecientos sesenta años para extinguir hasta el último refofo de la fé mahometana.